

LA RECOLONIZACION DE AFRICA

EDUARDO HARO TECGLÉN

SE habla de una recolonización de África. De unos países por otros, como en el problema de Etiopía y Somalia sobre Djibuti, de unas intervenciones extrafricanas sobre otros. Y de la ocupación interior, por tiranos —Idi Amín— que llegan a formas de explotación, de humillación, de sangre y prisiones aún superior a la que ejercieron los grandes imperios. África no se levanta de su pesadilla milenaria, las esperanzas surgidas al comenzar la década de los sesenta, y la reunión de la Organización de Unidad Africana, que se celebra estos días en Libreville no sólo no produce ningún alivio, sino que aparece como una desunión más que como una unión. Cuarenta y ocho países, con civilizaciones y economías distintas entre sí, se miran con desconfianza y con acusaciones mutuas. Veintitrés jefes de Estado, doce primeros ministros, docenas de ministros de Asuntos Exteriores son los dueños sin poder de este Continente de unos 300 millones de habitantes donde la renta por cabeza sobrepasa los doscientos dólares (el 65 por 100 de la población se encuentra próxima a los 100 dólares por cabeza, el resto entre 150 y 300), saqueado y dilapidado, y cada vez con menos esperanzas.

África, hacia los años sesenta, esperaba sacar de su retraso y de su abandono fuerzas superiores a las de Occidente. Un plan de cinco puntos (autor, Maurice Guernier) expresaba en 1969 el camino de África: "1, no copiar la vía lenta y difícil del desarrollo de las viejas naciones occidentales del siglo pasado, fundado sobre el carbón, el acero y la máquina de vapor; 2, intentar una civilización puramente africana en el cuadro de un Mercado Común del África Negra; 3, que en el año 2000 aparezca justa, viva y próspera esa civilización para los 650 millones que tendrá entonces el África negra; 4, que sea capaz de utilizar a su manera y en su beneficio los progresos de la tecnología mundial; 5, que esté en armonía, aun siendo totalmente diferente, con las civilizaciones mundiales de la época". Sueño perdido. Un corresponsal en Libreville cuenta

cuáles son los temas principales de la Conferencia: "Benin rechaza participar en la Conferencia acusando a Gabón de haber servido de base de partida para el complot abortado del año pasado, contra el Presidente Keruku. El Chad reprocha a Libia por apoyar una rebelión en el Norte de su territorio. Zaire mantiene la tesis de la complicidad entre Luanda y los antiguos gendarmes katangueses que han atacado en Shaba. Kenya, invocando hechos previstos recientes, afirma que tropas somalíes han tomado un atajo a través del Norte de su territorio para alcanzar el Sur de Etiopía". Y está el caso del Sahara—Mauritania—Marruecos, con las dificultades de los polsarios para hacerse escuchar. Y el caso de Angola. Y el eterno, sangrante caso de África del Sur. Y el de Rhodesia. Un proyecto de resolución de Senegal hace un llamamiento a todos "para que se abstengan de recurrir a la intervención extranjera en los problemas interiores africanos", pide a los Estados miembros que prohíban "la utilización de su territorio como base de agresión contra otro Estado africano", pide a las potencias extranjeras que se abstengan de injerirse en los asuntos interiores de los Estados africanos, y suplica a los Estados miembros "el arreglo pacífico de sus diferencias por la vía de la negociación y de la mediación". La resolución será aprobada. Todo seguirá igual.

El problema de las fronteras: es una herencia colonial. En su momento, dos grandes dirigentes del panafricanismo advirtieron de los peligros de la balcanización del Continente: nadie les escuchó. En el siglo XIX, las potencias europeas —Francia, Gran Bretaña; escasamente Italia, Alemania; muy poco, España— se enfrentaron en el reparto del continente africano. Las fronteras se establecieron según las conveniencias y las posibilidades de estos países colonizadores, no teniendo en cuenta ni las necesidades étnicas ni las características geográficas. Se han inventariado ciento cincuenta grupos étnicos separados en por lo menos dos partes cada uno de ellos por las fronteras coloniales; en cam-

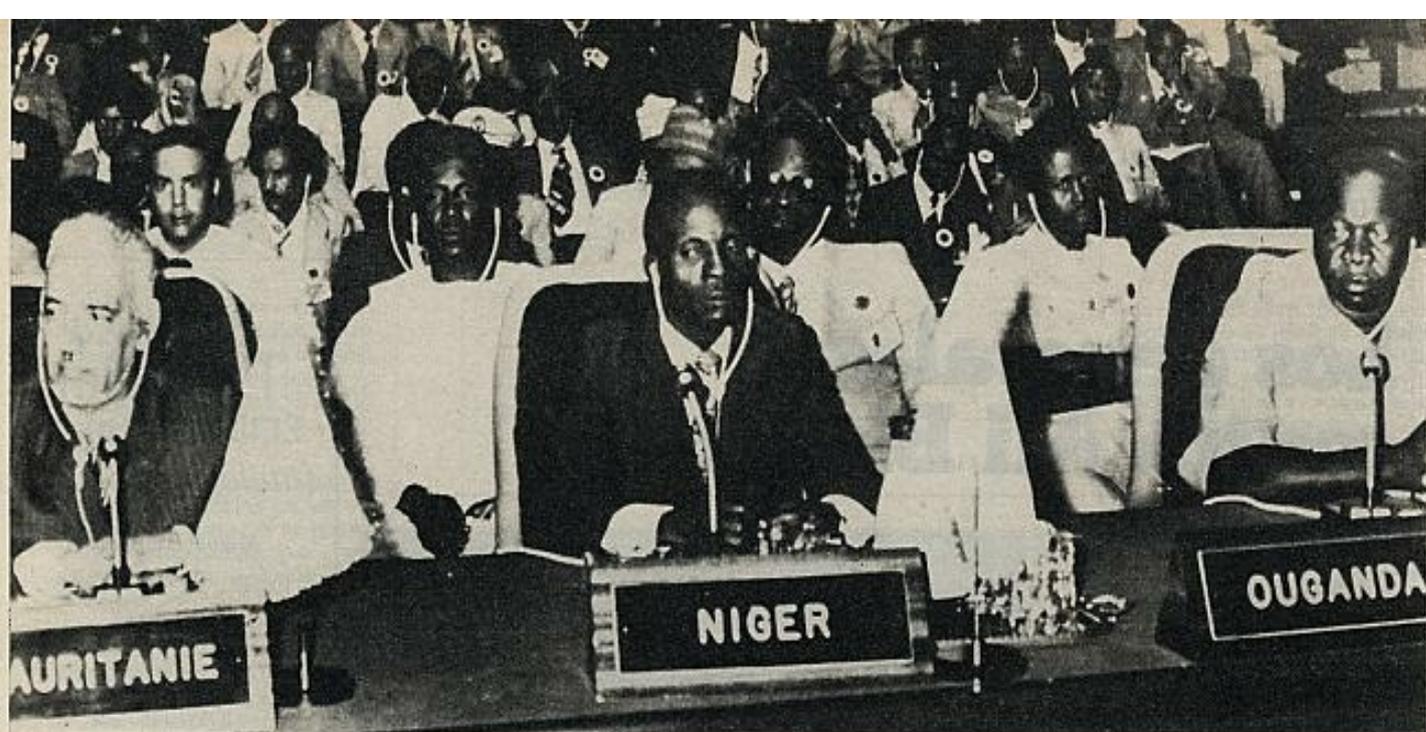
bio, dentro de cada país creado se han tratado de unir en cada uno de los países distintas culturas, lenguas, religiones. En el Sudán hay hasta 171 idiomas diferentes; en Nigeria, 125 (la guerra de secesión de Nigeria y Biafra, la más sangrienta del continente africano, es consecuencia de la creación británica de un país que no podía ser).

La economía: se estableció al servicio de las metrópolis. Los puertos, las líneas de ferrocarril, se hicieron para sacar de las zonas ocupadas las materias primas

—minerales o vegetales— que se convirtieron en monocultivos. Las economías de cada país se hacían como complementarias de las de sus colonos. Nadie se esforzó en preparar una producción amplia y completa: lo que faltaba, se llevaba de la metrópoli. Al retirarse las naciones imperiales, los países descolonizados quedaron dependientes de la importación. La inflación europea ha repercutido sobre esos países. Cuando otros han intentado defenderse elevando el precio de la energía —dentro de una operación de envergadura sos-



La reunión de la OUA en Libreville: más desunión que unión.



En la conferencia africana se han hecho tan sólo tímidos intentos de hablar de los "derechos del hombre": los dirigentes reunidos no tienen siquiera conciencia de ese problema.

pechosa—, la inflación europea ha aumentado y ha repercutido de nuevo sobre estos países obligados a importar.

La cultura: las naciones colonizadoras no tenían ningún interés en la cultura y la preparación de los colonizados. Por una parte, destrozaban sus viejas y arcaicas nociones, superponiéndoles como obligatorias las religiones de los misioneros, el idioma del colono, las escuelas donde se les enseñaba quién era Napoleón y quién Disraeli. Los técnicos se llevaban desde la metrópoli. Y los maestros, los médicos, los funcionarios. Cuando se retiraron los colonos fueron desapareciendo los técnicos. Hay que importarlos; pero sus salarios son elevados, y siguen siendo sospechosos de ser agentes de la neocolonización.

Podría decirse que todos estos destrozos eran "involuntarios", o que pertenecían a una época. Y que tras la descolonización no iba a ser así. Sin embargo, la actitud no ha cesado. Cuando ha surgido un auténtico dirigente capaz de realizar el sueño dorado del panafricanismo, ha sido asesinado, como lo fue Lumumba. Los países occidentales nutren de armas a los gobiernos fuertes: se las venden, desangrando sus presupuestos, y provocan conflictos para que estas armas sean necesarias. Han sostenido castas. Han fabricado tiranos para mantener a los países dentro de sus órbitas coloniales. La Unión Soviética, China, no son ajenas a este movimiento. Se han ido sucediendo los golpes de estado, los partidos únicos, las aboliciones de parlamentos; han ido aumentando las cárceles, los campos de concentración. En la Conferencia de Libreville se han hecho

tímidos intentos de que se hable de los "derechos del hombre": los dirigentes reunidos no tienen siquiera conciencia de ese problema. Si la tuvieron en los tiempos en que muchos de ellos luchaban por la independencia —en realidad, para izarse al poder— la han perdido en el tiempo transcurrido. El general Obansajo, de Nigeria, ha recibido ovaciones cuando ha dicho que "Es lamentable que en un momento en que todos deberíamos estar concentrando nuestras energías en maximalizar nuestros recursos para elevar el nivel de vida de la vasta mayoría de nuestros pueblos, estemos perdiéndolo en la inútil discusión teórica de ideas e ideologías extranjeras" y que es "triste y sin sentido" que los Estados miembros se armen para luchar entre sí en lugar de liberar "a aquellos que viven bajo el colonialismo y el racismo en el Continente": pero el racismo está referido a Sudáfrica y a Rhodesia, olvidando que el centralismo nigeriano aplasta a Biafra hasta la muerte, y que otros centralismos disponen de la vida y haciendas de las tribus consideradas inferiores.

La mayoría de los Gobiernos africanos son militares o están dirigidos por militares; la mayoría presentan la forma política de las dictaduras. Para ello y por ello reciben la ayuda de los Estados Unidos, de las naciones europeas o de las naciones comunistas, según su signo o su utilidad. La mayoría son baluartes de otros países. Se rechazan teóricamente las doctrinas "extranjeras", pero no hay doctrinas africanas. Las doctrinas, como escribía hace años un teórico de la unidad africana (Bipun Woum, camerunés) están ligadas

en Africa a la persona de sus autores y "corren el riesgo de no sobrevivirles, lo que es naturalmente contradictorio con la naturaleza de una doctrina verdadera". "Ciertamente, toda doctrina tiene un autor, pero cuando está demasiado ligada a una coyuntura y no trasciende las circunstancias que la han hecho nacer, participa objetivamente del empirismo, es decir, de esa calidad política gracias a la cual un dirigente puede escapar momentáneamente de una situación dada, pero que no le permite necesariamente encontrar soluciones o bases de soluciones para situaciones diferentes".

"Creo que la expresión **recolonización** no es correcta", ha dicho el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, al pasar por París después de haber inaugurado la reunión de Libreville. "Habrá siempre en las relaciones de los hombres dificultades y confrontaciones, incluso confrontaciones militares, pero no creo que esté justificado llamar a esto recolonización. Son problemas completamente diferentes, que no tienen nada que ver con la colonización. Naturalmente, hay problemas en Africa, y esos problemas se multiplican...". Es una manera occidental clásica de ver el conjunto de problemas. Como cuando comenta el caso de Angola: "Bien, intervenciones extranjeras han existido siempre en la Historia de la humanidad". Pero a pesar de esta filosofía de "lo de siempre", de la minimización de las circunstancias, reconoce: "La situación es explosiva en toda Africa". La Organización de la Unidad Africana intenta contener todas estas situaciones peligrosas".

Pero no puede, no está en su

naturaleza. Los propios conflictos están contenidos en los dirigentes que se reúnen en Libreville.

"Vemos a Africa como el campo abierto probablemente mayor para las maniobras entre el bloque comunista y las naciones no comunistas. Nuestra estrategia básica es la de crear, conjuntamente con nuestros principales aliados, lo necesario para un cambio constructivo para borrar las tendencias destructivas existentes en Africa". La frase es de un informe con las directrices para la política de los Estados Unidos fechado en 1962 —época de Kennedy—, que acaba de hacerse público al cumplirse los quince años de su secreto obligatorio. Africa sigue siendo ese desgraciadamente privilegiado campo de maniobras, y no sólo en la confrontación entre los Estados Unidos y el bloque soviético, sino en la de los Estados Unidos con sus propios aliados para un predominio económico. La estrategia constructiva prevista entonces ha conducido a este desastre continental, y a lo que a pesar del señor Waldheim constituye una recolonización. Un discurso de Cyrus Vance, actual secretario de Estado, pronunciado a fin del mes pasado, decía: "Finalmente, nuestra política africana será juzgada por los resultados y por las intenciones". Parece como un epitafio —a la vista de cuáles son estos resultados— que la administración de Carter ponga al idealismo de la administración Kennedy. ■

Ver en páginas 50-51:
**"MARCHA ROJA SOBRE
 ERITREA: UNA SALIDA
 DESESPERADA"**